

Cristología – Antropología en el quehacer teológico

Virgilio Zea, S.J.*

El Vaticano II no hizo una cristología; sin embargo las Constituciones “La Iglesia en el Mundo” y “La Palabra de Dios” insinúan unas líneas maestras para una cristología. Describir esas líneas y sus proyecciones antropológicas, nos ocupará en la primera parte. La segunda parte quiere presentar estas ideas del Vaticano II citando expresamente el Concilio, las enseñanzas de Puebla y de Juan Pablo II.

1. La revelación del hombre en Jesucristo

1.1. *Presupuestos de una cristología antropológica*

Tiene como punto de referencia esencial la enseñanza del Vaticano II sobre la revelación y las insinuaciones que hace sobre Cristología y Antropología.

La Cristología es esencialmente salvífica; debe responder al misterio

del hombre por la revelación del misterio de Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo (D.V. 2, 4, 6, 7; G. Spes 21, 22, 38 y otros):

a. Afirma que la salvación no se da sino con el compromiso libre del hombre.

b. Responde a las preguntas sobre el dolor, el sentido de la existencia cuando el Mediador de la Salvación asume en sí mismo, en su historia, todo el dolor humano y, haciendo su historia, muestra

* Doctor en Teología; Director del Departamento de Ciencias Religiosas; Profesor en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

una alternativa humana, un hombre nuevo; Jesús revela así la forma como se debe construir el mundo: viviendo el compromiso con los demás y con la tarea humana, por la aceptación del Señorío de Dios en el propio corazón, a la manera de Jesús.

c. Lo anterior supone el rechazo del docetismo y la afirmación de que la salvación acontece en el realismo de la historia humana de Jesús; por otra parte, que Jesús hace presente en nuestra historia a Dios como el único capaz de romper el círculo del mal y del odio del hombre y que la revelación personal de Dios se realiza en el acontecer histórico de Jesús de Nazareth, mediador y plenitud de la revelación (D.V. 2, 4).

La revelación se da en una historia salvífica, en la cual la respuesta de fe de los discípulos forma parte de la revelación y por lo mismo de la cristología (D.V. 4, 20; 11, 12).

En esta perspectiva, la resurrección, como obra salvífica de Dios, absolutamente inusitada, como iniciativa del Resucitado, los abre a la comprensión de Jesús con quien convivieron desde el bautismo de Juan, hasta la ascensión. Se da una continuidad entre Jesús de Nazareth y el Resucitado: es el Jesús cuya praxis es aprobada por la resurrección como obra de Dios.

Esa continuidad se manifiesta en que la resurrección es la sanción que da Dios a la pretensión de Jesús de ser el revelador definitivo de Dios, de hacer presente el Reino de Dios en su persona, de que su co-

mida con los pecadores hace totalmente cercano a Dios como misericordia y bondad, en contraste total con la imagen de Dios que vive en ese momento el pueblo judío.

Pero también una ruptura: la resurrección es la irrupción de Dios, el culmen de la revelación neo-testamentaria; a raíz de ella identifican el ser y la acción de Jesús como la revelación de lo que es Dios. Jesús pertenece a la comprensión de Dios.

Hay varios principios del Vaticano II que debemos unir en la Cristología, sin los cuales no lograríamos integrar las dos dimensiones de la cristología propia del Vaticano II, la ascendente que trata de reproducir el camino del Jesús que hace historia y la descendente; esta permite a los compañeros y seguidores de Jesús, iluminados por la luz de la resurrección expresar otro aspecto de la revelación: Jesús de Nazareth, el que murió en un patíbulo, como consecuencia de su fidelidad a Dios, en su compromiso histórico es el Hijo de Dios, se ha hecho carne y ha revelado a Dios en su anodamiento libre, hasta la muerte de cruz. La resurrección como palabra definitiva de Dios lo revela plenamente como el Padre de Nuestro Señor Jesús.

Los principios a que hemos hecho alusión son:

a. En la fe cristiana hay una jerarquía de verdades y el centro de ellas es el misterio del Dios Trinitario (U.R. 11 y 12).

b. La sagrada Escritura es el alma de la teología (O.T. 16).

c. El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio (D.V. 10).

d. Es posible, por medio de los géneros literarios conocer las grandes líneas de la predicación y compromiso histórico de Jesús y por lo mismo conservar viva en la comunidad de fe que es la Iglesia, toda la fuerza profética y crítica del Jesús histórico, en la fuerza del Espíritu del Resucitado (D.V. 12, 19, 20).

e. Evangelizar ha de ser comunicar la fe a los fieles con un lenguaje adaptado a los tiempos y personas (E.N. 54).

1.2. Cristología y Antropología

Según lo anterior la cristología ha de estudiarse en dos niveles:

Uno primero, que trata de descubrir: cómo captaron, los discípulos y el mundo en torno, la predicación y muerte de Jesús.

Ellos viven la fe en el Dios personal del Antiguo Testamento, Dios de la Alianza, de la promesa, de los Profetas. Esta parte de la Cristología nos pide que investiguemos por qué los discípulos, *monoteístas*, descubrieron en la predicación de Jesús, y en su vinculación con el Reino, en su comida con los pecadores, en su actitud ante la Ley, la manifestación de *su pretensión*: ser el profeta definitivo de Dios, *vincular a Dios con su acción y sus compromisos históricos* de servicio y misericordia con el hombre.

Lo que descubren en Jesús contrasta con la esclavitud política y

religiosa que padece el pueblo judío; sus expectativas de salvación encuentran en él un eco que no hallan en la enseñanza de la autoridad judía que había alejado a Dios del pueblo y lo había sustituido por un culto vacío y una ley fría que sacrificaban al hombre a sus exigencias.

Los que no aceptan a Jesús, pero son guardianes celosos de la ley y del monoteísmo, encuentran en él una crítica de la forma como ellos rinden culto a Dios, una blasfemia contra la ley. Por eso deciden matar a Jesús.

La condena de Jesús es el rechazo de su pretensión, de la imagen de Dios que revela en su obrar. Esta condena pone de manifiesto otro aspecto: Jesús hace su historia desde una profunda experiencia de Dios; el compromiso con el hombre que de ella brota es puesto a prueba, exige nuevas respuestas de Jesús, cuando surge el rechazo, el odio, el fracaso, la muerte, el abandono de sus discípulos. Jesús es el único que en total libertad acepta la creaturalidad del hombre como dependencia de Dios en el amor, como servicio sin condiciones a los demás, como solidaridad con todos los que sufren, víctimas de la injusticia; en la cruz es la total disponibilidad y apertura a Dios y al hombre, la aceptación absoluta del Reino de Dios en su historia.

Otro nivel, en que se plantea la pregunta por el sentido de la resurrección de Jesús.

La hemos explicado como el "sí" de Dios a Jesús y a su praxis y

como el obrar salvífico totalmente inédito de Dios.

Por ella alcanza su meta la revelación en la confesión de fe trinitaria, como misterio de cercanía total de Dios a nosotros en la persona de su Hijo y por el don de su Espíritu en la Iglesia. Hay una correspondencia entre la realidad Trinitaria de Dios y la forma como vivieron los discípulos la relación de Jesús con Dios en su predicación, por eso, la luz de Pascua, el don del Espíritu les permite conocer al Dios que se les ha entregado en Jesús como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo; quién es Jesús que hacía presente y comprometía a Dios con su vida y su praxis: el Hijo de Dios que se ha hecho carne.

La encarnación les da el sentido de la historia de Jesús y del hombre, cuando la unen con estas otras realidades: la creación de todo en Jesucristo y la resurrección como sentido final de la historia, pero también como el "sí" a una praxis histórica vivida por Jesús; movidos por el Espíritu de Jesús se hicieron libres ante la ley, vivieron el perdón, comprendieron a Jesús como la presencia del amor de Dios en su propia vida e historia.

1.3. Líneas para una antropología

En la misma perspectiva de historia salvífica, la resurrección es la clave para entender al hombre como creado por Dios en Jesucristo, para la intimidad total en la escatología.

Dios ha creado un mundo en su Hijo para entregarlo a la responsabilidad del hombre.

En Jesús se nos descubre el camino para la humanización de este mundo: el compromiso con la historia desde la aceptación total de Dios, como hijos, en un servicio incondicional al hombre, como hermanos; en el dominio responsable de la naturaleza, como señores de ella.

Ese mundo ha de ser construido en la tensión de la esperanza y el amor; con el poder transformante de la gracia, autodonación de Dios que nos identifica con Cristo y nos hace vivir en el Espíritu de Jesús, los valores de Jesús, en una comunidad de *seguidores* de Jesús.

Se entiende la historia del hombre en forma unitaria: una creación concebida en función de la Encarnación del Hijo de Dios, del don total y la revelación de Dios en su Hijo, por el Espíritu, a un hombre responsable de la historia y sediento de Dios.

La plenitud del Resucitado está indisolublemente unida a la forma como El se comprometió con Dios e hizo verdad, *en su vida*, su ser de Hijo de Dios.

Por lo mismo, la plenitud que Dios nos promete en la resurrección no es la negación de la historia que hacemos los hombres sino su coronación definitiva. Hemos sido llamados en Jesucristo, a ser, para los otros, la presencia, la transparencia de Dios en una historia

que hemos de humanizar. Por El tenemos la certeza de que la vida no termina en el fracaso, de que hemos sido hechos herederos de Dios, coherederos de Cristo Jesús.

A continuación explicitamos los principios explicados basándonos en la enseñanza del Vaticano II, Puebla y Juan Pablo II.

2. Qué es Cristología para el Vaticano II

2.1. *Cristología es la revelación del misterio del hombre en Jesús y por Jesús*

El Concilio Vaticano II en su "Constitución sobre la Iglesia en el Mundo" puede darnos un punto de partida importante para determinar los puntos esenciales de una Cristología.

En muchas ocasiones repite una misma afirmación: "Todo hombre es para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad". Problema, porque el hombre se pregunta con angustia cuál es el sentido de todo su esfuerzo, de su existencia, cuál es el valor de su vida que se destruye con tanta facilidad, que en ocasiones se hunde en la angustia otras se exalta a cumbres de optimismo y de esperanza? (G. et Spes, 22).

Desde esta perspectiva podemos definir lo que entendemos por Cristología: "Descubrir la respuesta a la pregunta qué es el hombre, porque en Jesús se nos revela el misterio más hondo de la realidad: Dios

que es amor". Así parecen entenderlo el Vaticano II y el Papa Juan Pablo II: "El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por ésto, precisamente, Cristo Redentor, revela plenamente el hombre al mismo hombre" (Redemptor Hominis, 10); esta revelación tiene una característica propia: Jesús es el revelador del ser mismo del hombre porque vive su ser humano en una historia humana comprometida; en esta perspectiva, desde Dios, es amor y servicio incondicional al hombre. "En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Cristo Nuestro Señor en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (Gaudium et Spes, 22, Redemptor Hominis 8).

El hombre es para sí mismo misterio que no se aclara sino en Cristo. ¿Por qué?

"Jamás el género humano, había poseído tantas riquezas, tanta posibilidad, tanto poder económico; sin embargo ahora, como nunca, se siente todo el peso del analfabetismo, de la falta de libertad, surgen nuevas formas de esclavitud; hay anhelos de solidaridad en un mundo cada vez más interdependiente pero dividido por fuerzas contrapuestas (G. et Spes 4). El hombre de hoy, a juicio de Juan Pablo II, vive en el miedo, "Teme que sus

productos, precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable, frente a la cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer” (R. Hominis, 16) (Dives in Misericordia 10, 11, 12).

Ese drama del hombre toma para el documento de Puebla una forma y unos rasgos concretos “comprobamos pues, como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos; pobreza que no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria” (Puebla 29-30).

A juicio del Concilio, el máximo enigma de la vida del hombre es la muerte; en el mundo de hoy esa muerte tiene un nombre concreto, es fruto de la miseria, de las guerras, nacidas de la incapacidad del hombre de aceptar al otro distinto, de compartir con él fraternalmente.

El Concilio es consciente de que el hombre contemporáneo camina hacia el desarrollo pleno de su personalidad, hacia el descubrimiento y afirmación de sus derechos; pero que al mismo tiempo no siempre se usa la técnica en favor del hombre y para su verdadera promoción (R. Hominis 15). La Iglesia debe responder a los interrogantes del hombre desde su Señor porque “preci-

samente Jesucristo la ha sensibilizado universalmente en torno al problema del hombre... elemento esencial de su misión, indisolublemente unido con ella. Y encuentra el principio de esta solicitud en Jesucristo mismo, como atestiguan los Evangelios” (R. Hominis 15).

Ahondemos un momento en el motivo por el cual Jesús es la revelación del misterio del hombre: porque es imagen de Dios invisible, revelación de un Dios que es Padre, del amor de este Padre hacia nosotros sus hijos. Jesús se mueve entre dos polos: el Dios a quien revela como amor, y el hombre a quien muestra, con su vida, que es posible vivir como hijo, en la creación de una verdadera fraternidad. La Cristología tiene sentido porque en el hombre, Jesús de Nazareth, se nos ha dado totalmente Dios como “fin último del hombre” (G. Spes, 41) como “único que puede responder a las aspiraciones más profundas del hombre” y esto porque es origen del hombre, porque la dignidad del hombre tiene en Dios su fundamento y perfección (G. Spes 22). “Sólo Dios, quien creó al hombre a su imagen y lo redimió del pecado, puede dar respuesta cabal a las preguntas más hondas del hombre” (G. Spes 41) y esto “por medio de la revelación en su Hijo que se hizo hombre” (R. Hominis 10).

2.2. *¿Cómo acontece la revelación en Jesús, el Cristo?*

¿Cómo revela Jesús el misterio del hombre al revelar el misterio de Dios? “El Verbo de Dios por quien fueron hechas todas las cosas, hecho El mismo carne y habitando en

la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo. El es quien nos revela que Dios es amor, a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor” (G. Spes 38).

El Concilio presenta en otra Constitución un principio general que explica cómo se realiza la revelación “por obras y palabras intrínsecamente unidas” (D. Verbum 4); a través de todo el acontecer histórico de Jesús: “El, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación” (D.V. 4).

El es “mediador y plenitud de la revelación” (D.V. 21). Estas enseñanzas del Concilio no son contradictorias sino complementarias. Los discípulos conocen en su historia *al hombre Jesús*, su compromiso y fracaso en el marco de la fe en el único Dios, Dios de la Alianza, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; lo acompañan en el fracaso, cuando es condenado a muerte por la autoridad que representa a Dios. En esta historia de Jesús, *crístología ascendente*, conocen, experimentan el amor de Dios en total cercanía, a través de la persona de Jesús. A la luz de la resurrección, lo confiesan Hijo de Dios encarnado, en solidaridad total con el hombre; “Al que no conocía pecado, Dios lo hizo por nosotros pecado”.

La *crístología descendente*, es la afirmación de amor sin medida de Dios; el amor, conocido a partir del compromiso de Jesús, encuentra su fundamento último en el Dios Trinitario, en la encarnación, en el misterio de amor escondido en Dios antes de los siglos. (Cfr. Ef 1, 3ss. Gal 4, 4).

Este asumir la historia del hombre en un realismo total es expresado en Puebla con unos matices peculiares que nos manifiestan cómo Jesús enfrenta y se hunde en el conflicto y la ambigüedad de la existencia humana: “Las fuerzas del mal, sin embargo rechazan este servicio de amor: la incredulidad del pueblo y de sus parientes, las autoridades políticas y religiosas de su época y la incompreensión de sus propios discípulos”. Esta incompreensión nacida en medio del conflicto tiene rasgos muy peculiares: se convierte para Jesús en fuente de verdadera tentación; tentación de poder, de manipulación de Dios, de desilusión ante el fracaso, de abandono del compromiso histórico; por eso habla Puebla en clara perspectiva histórica: “Con amor y obediencia totales a su Padre, *expresión humana de su carácter eterno de Hijo*, emprende su camino de donación abnegada, rechazando la tentación del poder político y todo recurso a la violencia” (Puebla 192). Así Puebla nos pone de manifiesto un *principio crístológico* muy claro: el camino de la confesión de fe en la filiación divina de Jesús hay que recorrerlo a través del descubrimiento de su ser humano, de su hacer una historia humana en la perspectiva de Dios,

en *fidelidad y obediencia a Dios, y en la entrega sin condiciones al hombre*. En este mismo sentido sus opciones en favor del pobre se convierte en signo de credibilidad de su misión divina (Puebla 1141—1142). Siguiendo esta misma línea de pensamiento, Puebla nos enseña:

“El Hijo de Dios demostró la grandeza de ese compromiso *de hacerse hombre*, pues *se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos, solidario con ellos y asumiendo la situación* en que se encuentran, en su nacimiento, en su vida y sobre todo, en su pasión y muerte donde *llegó a la máxima expresión de la pobreza*” (Puebla 1141).

Todos los términos que hemos subrayado ponen de manifiesto el énfasis que brota de la Cristología de Puebla (y del Concilio); *el camino de la filiación divina de Jesucristo y, por lo mismo, de la cristología*, se concreta en el hacer realidad su ser humano: hacerse hombre, identificarse con nosotros haciéndose uno de nosotros, solidario al asumir de todo hombre, desde y para revelar el amor de Dios. La Cristología y el hacerse histórico de Jesús parecen dos magnitudes inseparables.

Este es también el camino de la antropología: revelar el misterio del hombre en el *hacerse* hombre de Jesús porque asume la situación del hombre, vive en sí mismo el drama que entraña el ser rechazado por un mundo violento; este drama se concreta en el fracaso de su misión, en el abandono de sus discípulos, en su condena a muerte;

condena que es rechazo de su relación con Dios y de su praxis, por la que congrega a los hombres a vivir en el amor; “Cumpliendo el mandato recibido de su Padre, Jesús se entregó libremente a la muerte en la cruz, meta del camino de su existencia. El portador de la libertad y del gozo del Reino de Dios *quiso ser la víctima* decisiva de la injusticia y del mal de este mundo. El dolor de la creación es asumido por el Crucificado que ofrece su vida en sacrificio por todos... Hijo obediente que encarna ante la justicia salvadora de su Padre el clamor de liberación y de redención de todos los hombres” (Puebla, 194).

La muerte en cruz es un rechazo a la praxis de Jesús, a su pretensión de ser la revelación definitiva de Dios; un no rotundo a la necesidad de cambio de vida y a la necesidad de crear un mundo sobre la justicia y el amor al hermano. Por lo mismo la cruz de Jesús es el rechazo del Dios que ha revelado Jesús y una *pregunta por el compromiso de Dios con su Profeta*. Pregunta a la que no puede responder sino el mismo Dios. No sólo es una pregunta por Jesús y por Dios, sino una pregunta por el hombre: la forma como se debe realizar la construcción del hombre; el camino de la antropología es verdaderamente el camino del amor?

“Cristo en cuanto hombre que sufre realmente y de modo terrible en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, se dirige al Padre, a aquel Padre, cuyo amor ha predicado a los hombres, cuya misericordia

ha testimoniado en todas sus obras. Pero no le es ahorrado —precisamente a él— el tremendo sufrimiento de la muerte en cruz” (Dives in Misericordia 7). Si miramos la persona de Jesús y su obra a nivel de su actuar histórico, si aceptamos el realismo de su muerte, de su abandono, de su fracaso, éstos son una clara pregunta por la verdad de su Dios, por el compromiso de su Dios con la historia del hombre. “El Hijo de Dios vivo, habla a los hombres también como hombre: es su misma vida la que habla, su humanidad, su fidelidad a la verdad, su amor que abarca a todos. Habla además su muerte en Cruz, esto es, la insondable profundidad de su sufrimiento y abandono” (R. Homínis 7).

“Qué nos está diciendo pues la cruz de Cristo, que es en cierto sentido la última palabra de su mensaje y de su misión mesiánica? Y sin embargo, ésta *no es aún la última palabra del Dios de la Alianza*” (D. in M. 7). *Esa palabra es la resurrección*, por ella “El Dios de la creación se revela como Dios de la Redención, como Dios que es fiel a sí mismo, fiel a su amor al hombre y al mundo” (R. hom. 9), pero lo hace a través del compromiso con la praxis, con la imagen de Dios manifestada por Jesús y en contraste profundo con la forma como concebían y como construían la historia los sacerdotes del pueblo judío: un Dios de la ley, un Dios del culto vacío, desde el cual se podía olvidar y abandonar al hombre a la crueldad de un mundo sin corazón.

En síntesis, a partir del evangelio la cristología del Vaticano II tiene dos perspectivas *una descendente* según la cual la Encarnación del Hijo de Dios es una encarnación situada, realizada en un mundo conflictivo; tenemos que preguntarnos por qué ese mundo rechaza a Jesús y la imagen de Dios que él ha predicado y por qué la encarnación lleva consigo —*como encarnación situada*— que la seriedad del amor de Dios tiene que asumir con realismo las consecuencias de un posible rechazo por parte del hombre. O si tomamos *otra perspectiva: la del compromiso real de Jesús en un mundo donde se ha deformado la imagen de Dios* y se lo ha sustituido por el cumplimiento frío de una ley, o por los sacrificios vacíos del Templo, si Jesús y toda su predicación del Reino son una crítica a este mundo, y un rechazo radical a la explotación del hombre y a la burla de Dios que él conlleva, *tendremos que admitir* que existe una profunda relación entre su muerte en cruz y su historia. Su muerte es consecuencia del rechazo de su praxis concreta, nacida de su revelación concreta y comprometida de un Dios que, por ser amor paternal y darnos un espíritu de hijos, nos exige la construcción de un mundo de hermanos.

2.3. *El seguimiento de Jesús, dimensión de la Cristología*

Para el Concilio y Puebla la salvación no puede realizarse sin el compromiso libre del hombre. Salvación es hallar la plenitud como hombre, realizando nuestra tarea histórica en el dinamismo del

amor. Si la respuesta libre y comprometida del hombre es parte integrante de la revelación y, por lo mismo, de la Cristología en cuanto comprensión de Jesús y confesión de fe, preguntamos: por qué los discípulos de Jesús, que vivían en un mundo lleno de las más diversas expectativas de salvación encontraron en Jesús la salvación de Dios?

Hay dos textos que son en este sentido iluminadores para una Cristología: "Después de este día (de la Ascensión) los Apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos (de Jesús) con la mayor comprensión que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad" (D. Verbum 19) Aquellos hombres que "atraídos por el Padre, iniciaron el camino del *seguimiento de Jesús*, movidos por el amor y el poder que de él irradian, que han sido testigos de su muerte, hora son testigos de un hecho nuevo: "por eso el Padre resucita a su Hijo de entre los muertos. Lo exalta a su derecha" (Puebla 192, 195).

La resurrección de Jesús se convierte para los discípulos en la clave de interpretación y de comprensión de la persona de Jesús; sin ella habría sido imposible descifrar el misterio del hombre y el misterio de Dios.

Pero notemos cuidadosamente, para el Documento de Puebla la confesión de fe en Jesús, de los primeros discípulos y de nosotros mismos no es posible sino porque el hombre con su vida, *vive en sinto-*

nía con el Jesús, al que confiesa Hijo de Dios; en efecto: "los mueven el amor y el poder que de él irradian". "Inician el camino del *seguimiento* de Jesús. Camino que no es el de la autoafirmación arrogante de la sabiduría o del poder del hombre... sino el de la donación desinteresada y sacrificada del amor, que integra a todos en una fraternidad capaz de *abrir la ruta de una nueva historia*" (Puebla 192). "Así Jesús, de modo propio, incomparable, *exige un seguimiento racional que abarca a todo el hombre*, a todos los hombres, y envuelve a todo el mundo y a todo el cosmos. Esta radicalidad hace que la conversión sea un proceso nunca acabado, tanto a nivel personal como social" (Ibid 193).

Finalmente la Cristología lleva consigo vivir en el Espíritu de Jesús y, desde el dinamismo de ese Espíritu, crear una historia según el seguimiento y la praxis de Jesús: "La Alianza nueva que Cristo pactó con su Padre se *interioriza* por el Espíritu Santo que nos da la ley de gracia y de libertad... por eso la renovación de los hombres y consiguientemente de la sociedad dependerá, en primer lugar de la acción del Espíritu Santo que *sigue suscitando hoy anhelos de salvación* liberadora en nuestros pueblos. *Las leyes y estructuras deberán ser animadas* por el Espíritu Santo que vivifica a los hombres y hace que el Evangelio se encarne en la historia" (Puebla 199, 201, 199).

3. A manera de síntesis

Afirmamos que la *Cristología es inseparable de la Antropología* y que busca responder a la pregunta:

3.1. ¿Quién es el hombre?

3.2. Vive de la convicción de que esa pregunta no encuentra plenitud de respuesta sino en la entrega en nuestra historia del Dios creador del hombre, meta y sentido personal de la creación; —de que esa entrega personal de Dios se nos hace verdad captable, lenguaje comprensible a nosotros, que no entendemos el amor, y no podemos creer en El, sino cuando lo contemplamos hecho carne en la ambigüedad de nuestra historia; —de que esa entrega de Dios se nos manifiesta:

3.2.1. En forma parcial en el Antiguo Testamento, en la predicación de los profetas y en todo compromiso humanizante de la historia, en el esfuerzo de los hombres de todos los tiempos y religiones por encontrar una respuesta al enigma del hombre y un sentido a su existencia en el mundo.

3.2.2. En plenitud, en el compromiso histórico de Jesús; compromiso que debe ser interpretado y profundizado de nuevo por los seguidores de Jesús:

- primero, de cara al quehacer histórico de Jesús
- en segundo lugar (pero simultáneamente), en su propio com-

promiso por construir un mundo en el amor de Dios

- en apertura a la plenitud escatológica
- en una comunidad que vive, celebra y hace realmente presente en la historia el amor de Dios que se nos ha revelado en la vida, praxis, muerte y resurrección de Jesús, el Hijo de Dios.

3.3. Vive también de la convicción de que a Jesús se lo entiende desde varios puntos de referencia:

3.3.1. — su relación e intimidad con Dios y su praxis por implantar el Reino de Dios en su mundo concreto, situado, conflictivo.

- Sus opciones, su compromiso en medio de un pueblo que se ha construido, en parte desde la fe en el Dios de la Alianza, de los profetas, del amor, en parte desde una caricatura que ha deformado a Dios y lo ha convertido en Juez, en guardián de la ley y de los preceptos que olvidan el amor del hombre, en defensor de un mundo en que se puede explotar al hombre al amparo de los sacrificios que se ofrecen a Dios en el Templo.

3.3.2. La opción comprometida de los discípulos de entonces, su transformación total a raíz de la resurrección y nuestra opción comprometida en el seguimiento del Jesús que vive en favor del hombre y al que confesamos Hijo de Dios por la resurrección y cuando creamos un mundo en la fraternidad y en el amor; cuando amamos con el

amor de Dios, a la manera del Samaritano, cuando hacemos nuestra la vida de Jesús como “el pro-exis-

tente, el que no ha venido a ser servido sino a servir”.